

Las relaciones de los Reyes Católicos con Egipto

Para los Reyes Católicos, lo mismo que para sus antecesores en el trono de Aragón, el mar Mediterráneo constituyó un escenario político primordial. Esta afirmación, formulada por José María Dousinague hace más de treinta años, ha venido a ratificarse con el estudio y análisis de documentos que entonces eran desconocidos. Pero la primacía política no puede entenderse en el sentido de que vaya acompañada de primacía económica paralela. La gran plataforma económica de la monarquía unitaria estaba constituida, desde un siglo antes, por el eje norte-sur en cuyos extremos se encuentran los paños de Brujas y Londres y el oro sahariano; sobre él discurrían las lucrativas exportaciones españolas de materias primas. La superioridad militar de los reinos españoles, dotados ahora de dos mil kilómetros de costa, la mitad de los cuales correspondían al Mediterráneo, dependía de que pudiera conservarse incólume el sector occidental de dicho mar. La suerte de España estaba ligada a los avatares de la situación en esa cuenca que engloba, como un inmenso lago con dos puertas, al Tirreno, golfo de Lyon y Alborán. Reserva pesquera pero, sobre todo, nudo de comunicaciones probablemente el más frecuentado del globo. Resumiendo el programa que a los monarcas se presentaba tenemos que referirnos al cierre de costas, asentamiento de bases, conservación de una flota.

Tradicionalmente, la Corona de Aragón, que había llegado a convertirse en elemento ordenador de la nueva monarquía, se hallaba establecida sobre una doble ruta, de las islas y de las especias, según la afortunada expresión de Vicens Vives: Barcelona, Palma de Mallorca, Alghero, Cagliari, Palermo y Mesina, eran los eslabones de la primera; Rodas, Chipre y Alejandría prolongaban la segunda. Por varias

razones, Barcelona había llegado a convertirse en su cabeza; pero desde principios del siglo xv, esta ciudad atravesaba una profunda decadencia. Sin ella, el eje había comenzado a quebrarse. Y sin la vitalidad de la doble ruta era absurdo soñar con una potencia hegemónica española en el Mediterráneo occidental.

Cuando a partir de 1484, Fernando e Isabel inician una acción decidida, vigorosa y eficaz para sacar a Barcelona de un marasmo que se remontaba a un siglo completo, descubrieron que necesitaban una reactivación del comercio, alimento de su economía, esto es, del tráfico de paños catalanes, coral sardo, trigo siciliano y especias levantinas. Esto quiere decir, ni más ni menos, que, sin Alejandría, no puede haber *redreç*, esto es, recuperación de Barcelona. En Alejandría reina, desde hace más de treinta años, un sultán mameluco, Kait Bey, apellidado Saif ed Din, en nombre de un khalifa abbasida que permanece en la oscuridad sin tener siquiera la sombra de un poder. Pero esta circunstancia le convierte en casi la cabeza de la comunidad islámica.

En esta decisión de alcanzar otra vez Alejandría, la economía no dirige a la política —más bien al contrario— pero era un factor imprescindible para el buen éxito de aquel designio consistente en convertir en bastión inexpugnable el cuadrilátero que forma el Mediterráneo occidental. Dinero y experiencia tienen que salir de la ruta de las especias. Esta es la clave que debemos aplicar para comprender lo que fueron las relaciones de los primeros monarcas españoles con Egipto. Todavía son muy escasos los datos que acerca de ellas poseemos, en razón, sobre todo, del desconocimiento que los historiadores españoles, excesivamente influidos por Europa, tenemos de los archivos musulmanes. Confieso que, para mí por ejemplo, el idioma constituye una barrera infranqueable. Por eso no estoy en condiciones de hacer otra cosa que trazar, con las pocas noticias recogidas, un esquema. Confío en poder dejar asentadas dos ideas: la gran importancia que Egipto tuvo en el conjunto de la política española en estos años que sirven de tránsito a los siglos xv y xvi; el interés que, para la moderna investigación ofrece este tema, apenas presentido. Es una invitación para arabistas jóvenes.

I. PRÓLOGO A LA ACCIÓN: LA CRISIS DE OTRANTO

En 1479, cuando Fernando e Isabel ciñen la Corona de Aragón, Alejandría era, para los mercaderes catalanes, una etapa mercantil de gran significación, pero abandonada prácticamente desde hacía más de treinta años. Es verdad que, algunas veces, sus barcos arriban a las costas de Egipto, como a las de Chipre y de Rodas, pero el *fonduk*

está desierto y no existe ningún lazo de relación entre los dos países que constituyen los extremos del Mediterráneo. Toda la política que afecta a este mar, tanto la militar como la económica, se dirige desde Sicilia, granero inmenso que aprovisiona tanto a los cristianos como a los musulmanes, sin que le perturben las disposiciones pontificias en contrario. Uno de los primeros actos de los nuevos soberanos —que eran reyes de Sicilia, en cuanto al título, desde 1469— consistió en sustituir al virrey, conde de Prades, por un militar más experto, Gaspar Despés.

Del nuevo virrey se esperaba que fuese capaz de llevar a término un plan de refuerzo de las defensas de la isla y, sobre todo, de arbitrar los recursos que permitiesen sostener una flota para el servicio de vigilancia en el mar. Los Reyes Católicos estaban convencidos de que, más pronto o más tarde, los turcos, poseedores de un formidable poder naval, lanzarían una ofensiva contra Italia. Abandonando viejos resquemores y superando rivalidades comerciales muy enconadas, comenzaron a trabajar en la aproximación hacia Venecia y Génova, a fin de formar un bloque de alianzas.

De momento, no podían pensar en otra cosa. La amistad con Egipto quedaba fuera de su alcance. Además, en 1497, algunos musulmanes aragoneses fugitivos habían llegado a El Cairo y explicaron a Kait Bey que las autoridades españolas les perseguían porque los nuevos soberanos eran enemigos declarados del Islam. El sultán —Soldán de Babilonia, como le llaman las fuentes españolas— se indignó, anunciando a los franciscanos de los Santos Lugares que si las persecuciones no cesaban, él tomaría represalias sobre las iglesias cristianas establecidas en sus dominios. Fernando el Católico, indignado, ordenó abrir una información; los franciscanos se quejaban de haber tenido que pagar algunas compensaciones económicas. No hay duda de que la situación era tensa en el momento crítico en que por muerte de Muhammad II, conquistador de Bizancio, el 3 de mayo de 1480, un cambio de personas, decisivo, se producía en el trono de la Sublime Puerta.

Aquel año de 1480 fue terrible para los cristianos. El nuevo sultán de los turcos, Bayaceto II, llamado Ilderim, que significa el rayo, no perdió tiempo en lanzar una doble ofensiva hacia occidente, por tierra en Trieste y por mar en el Egeo. Primero fue atacada la isla de Rodas, fortaleza madre para la Orden de San Juan de Jerusalem. El maestre Pedro de Aubusson solicitó ayuda. Fernando declaró a la Orden bajo su especial protección, ordenó a los caballeros de sus reinos pertenecientes a la misma que se fueran a Rodas, y envió buques de carga y de guerra en su auxilio. La isla resistió. Pero, en agosto de 1480, llegó una noticia todavía más grave: los turcos acababan de apoderarse de Otranto y, por primera vez, establecieron una ca-

beza de puente en territorio italiano. El ámbito de seguridad del Mediterráneo occidental, que los españoles consideraban imprescindible, estaba a punto de ser perforado.

Durante trece meses, italianos y españoles vivieron bajo el peso de la angustia: el peor de los enemigos imaginables estaba ya al lado de acá del canal de Otranto. El grado de esta angustia puede medirse por la magnitud del esfuerzo que los Reyes Católicos realizaron: naves, armas, soldados, víveres y dinero se acumularon y despacharon a gran velocidad. Aunque los turcos se retiraron sin insistir en la ampliación de esta cabeza de playa, Fernando comprendió que la alarma había sido muy serie. También Kait Bey recogió la lección: estaba tan interesado como los cristianos en la resistencia de Rodas y de Chipre. El aumento de la actividad marítima otomana constituía para Egipto una amenaza directa.

II. RESTABLECIMIENTO DEL CONSULADO DE ALEJANDRÍA

Una nueva política nació de la tremenda alarma. Podemos resumirla en cuatro o cinco principios fundamentales: sostener a la Orden de Rodas con los medios que fueran necesarios; conservar el equilibrio político italiano y, dentro de él, salvar el trono de Fernando de Nápoles aunque a desgana; hacer de Sicilia un bastión inexpugnable; establecer lazos de amistad y cooperación con todos los monarcas musulmanes del Norte de Africa, entre ellos naturalmente el Soldán de Babilonia. Como principio, puede decirse que los Reyes Católicos estaban dispuestos a servirse de la causa de los árabes contra la de los turcos. Estos podían ser presentados como enemigo común. Pero tal principio tenía difícil formulación porque en este preciso momento comienza la guerra de Granada. ¿Cómo convencer a Kait Bey de los sentimientos amistosos de unos soberanos que estaban destruyendo el último resto de islamismo peninsular?

Nunca, como en estos años, funcionó tan perfectamente el principio de que los enemigos de mis enemigos pueden y deben ser mis amigos. Tres hechos ayudaron muy poderosamente a los monarcas españoles. El primero, las buenas relaciones crecientes con los pequeños estados del Norte de Africa, Túnez, Bugía, Orán y Argel; el Soldán de Babilonia podía tranquilizar su conciencia imitando la actitud de los otros musulmanes más próximos. El segundo fue la discordia encendida entre el sultán turco, Bayaceto, y su hermano Djem. Este huyó a Rodas, convirtiéndose en precioso rehén para los cristianos. Por un instante se pensó en traerle a España, pero luego se abandonó la idea. Mientras Djem viva, hasta 1495, Bayaceto se abstendrá de lanzar una nueva ofensiva, semejante a la de 1480 por el te-

mor de que los cristianos proporcionen al rebelde los medios necesarios para provocar un movimiento en su retaguardia. Consecuencia de éste es el tercer hecho: Bayaceto se decidió a emprender la conquista de Siria, arrebatando a Egipto una de sus provincias económicamente más necesarias.

Los Reyes Católicos no se atrevieron a proponer, probablemente, una alianza militar; hubiera resultado demasiado absurda mientras se combate en Loja y en Archidona. Pero si decidieron restablecer el antiguo consulado de los catalanes —que amparaba también a los otros mercaderes españoles en Alejandría. En 1485 hallamos mencionado el primer cónsul de esta nueva etapa, Juan Cascassona, que fue sustituido al año siguiente por Juan de Viastrosa, cuyo hermano Pedro ocupaba el mismo cargo en la isla de Creta. Uno y otro habían sido elegidos por los consellers de Barcelona, pero como el nombramiento correspondía al Soldán de Babilonia, el cónsul de Alejandría pasó a ser un representante diplomático permanente ante las autoridades de Egipto. Barcelona recibió este gesto con gran júbilo porque los viajes a la desembocadura del Nilo, aunque dificultosos y llenos de peligro, representaban una inyección muy saludable a su quebrantada economía.

III. LA VICTORIA EGIPCIA EN ADANA

Desde los primeros meses de 1486 un rumor se inicia, creciente, acerca del alarmante programa de armamentos turcos. Espías y renegados, comerciantes y desertores coinciden en presentar con las más negras tintas el futuro inmediato. Los Reyes Católicos creyeron, por un momento, que el ataque iba a dirigirse contra ellos, se apresuraron a mediar para la paz de Italia y propusieron al Papa un plan para armamento de una gran flota. Había además que abandonar toda clase de dudas y proponer al soberano de Egipto una alianza. El 10 de noviembre de 1486 Gonzalo de Santofimia fue enviado a El Cairo por «cosas de gran necesidad y cuita, grandemente concernientes al servicio y estado nuestro», según rezan las cartas credenciales que se le entregaron. Los españoles buscaban por este medio abrir a los turcos dos frentes de guerra. Con el nuevo año la alarma creció hasta un punto tal que se suspendieron la mayor parte de los viajes a Flandes, ordenando permanecer en puerto a todos los buques de más de treinta toneladas. No hay necesidad de explicar cuan grande era el quebranto económico producido por esta decisión.

Gonzalo de Santofimia regresó con noticias mucho más claras. Los turcos proyectaban el ataque contra Egipto. Esto mismo comunicaba el Papa en un informe del 17 de marzo de 1488 redactado a base

de las noticias que los espías al servicio de Djem, ahora su huésped, le proporcionaban: una flota inmensa, de doscientas velas, estaba cruzando ya por el Egeo rumbo a Siria o a la desembocadura del Nilo. Fernando el Católico, que estaba bien informado por muchos conductos propios, vio con absoluta claridad que Egipto era la clave del arco. En enero de 1488 se había dirigido al Papa para que, suprimiendo las censuras eclesiásticas, le permitiese enviar a Egipto todo el trigo que fuera preciso. Argumentaba que «está sin defensa por no poder sostener a la gente de guerra». Todo funcionó con extraordinaria rapidez: en febrero habían comenzado ya los transportes de grano a Alejandría.

Pero mientras tanto un renegado griego, desertor del ejército turco, llegaba a Sicilia y sembraba la confusión al comunicar a Jaime de Centelles, presidente de la Cámara de este reino, que el objetivo propuesto por los otomanos para aquel verano, era Malta. La noticia no era falsa, aunque quien la transmitía conociese muy mal los planes turcos. Centelles dispuso la inmediata fortificación de Malta, Gozzo y Pantelaria, y pasó aviso a España para que se enviasen desde aquí refuerzos. Hubo, en efecto, ataque de los osmanlíes a Malta aquel verano, pero la flota enviada, de doce fustas, no puede ser calificada de fuerza de invasión. Los turcos temían, sin duda una ayuda de los españoles a Egipto y habían decidido efectuar esta pequeña operación de flanco para cortar las líneas de aprovisionamiento hacia Alejandría o para tantear las disposiciones de las autoridades cristianas. El ataque contra Malta fue rechazado.

Mientras tanto, en agosto de 1488, los egipcios lograban, en Adana, una brillante victoria que cerraba a los turcos el camino de Siria. Aunque la guerra entre las dos grandes potencias musulmanas siguió hasta 1491, no hubo ningún intento serio por parte de Bayaceto de montar una nueva ofensiva de las proporciones de esta última. Los españoles, que fueron informados con gran rapidez por diversos conductos —en septiembre era conocida la noticia por Fernando el Católico— celebraron el éxito como si se tratara de una victoria propia. De hecho manteniendo abiertas las comunicaciones y fortaleciéndose en el mar, los españoles podían congratularse de haber contribuido, aunque fuese de manera indirecta, a la buena fortuna de Kait Bey.

IV. PROGRESOS DE LA AMISTAD

Ambas partes, egipcios y españoles, debieron reflexionar después de la batalla de Adana, victoria terrestre que acreditaba una vez más el valor militar de los mamelucos; de la colaboración obtenían tangibles ventajas. Había que proseguirla e intensificarla. La conquista de

Málaga en 1487 había puesto, además, en manos de Fernando e Isabel, uno de los puertos tradicionales para el gran comercio africano. Por instinto de conservación en favor de sus nuevos súbditos granadinos, los monarcas españoles tenían que continuar y aun, en lo posible, aumentar el volumen de este comercio. Las relaciones mercantiles con Alejandría se intensificaron. En una carta del propio Fernando, y en los datos sueltos que nos proporcionan algunos documentos, hay pruebas bastantes para sostener, además, que el comercio con Egipto arrojaba un saldo en oro favorable a España. Trigo, pasas, atún en barriles y sospecho también que armas o, al menos, hierro para fabricarlas, se enviaban desde los puertos españoles a Alejandría, en donde el consulado parece haber recuperado su antiguo esplendor, albergando además a todos los súbditos de los Reyes Católicos. Hasta 1494 figura como cónsul cierto Jacobo de Fontelles.

Kait Bey no tenía motivos para sentirse demasiado tranquilo. Había obtenido, es cierto, un éxito en tierra, pero su inferioridad naval era evidente y sus informes no permitían abrigar la esperanza de que los turcos renunciasen a destruir a sus únicos émulos de consideración dentro del Islam. La amistad española se convirtió para él en algo tan deseable como, a la recíproca, pensaban los Reyes Católicos. Antes de que concluyera el año 1488 un mercader napolitano, Mateo Coppola, acudió a la Corte de Fernando para solicitar que se proporcionara a Egipto una flota de cincuenta carabelas españolas. Estaba dispuesto a garantizar el pago mediante oportunos depósitos en una banca de Venecia. El monarca español acogió favorablemente la propuesta, pero la fuerza que se le pedía era demasiado grande —se trataba, más o menos, de un conjunto de 20.000 toneles— y solicitó que se abrieran nuevas negociaciones para discutir los detalles menudos de la operación.

Las negociaciones, en efecto, continuaron, aunque de un modo diverso. En 1489 una curiosa embajada egipcia aparece en el campamento castellano cuando se preparaba ya la última operación importante de la guerra de Granada, el cerco de Baza: estaba compuesta por tres franciscanos residentes en Tierra Santa, es decir, dentro del territorio sometido al Soldán, fray Antonio de Millán, prior del convento del Monte Sión en Jerusalem, fray Alfonso de Lezcano y fray Francisco del Aguila. Todos los cronistas dan noticia de ella, pero se contradicen tanto Bernáldez con Pulgar y con Santa Cruz, que da la impresión de que se trataron varios asuntos. Es muy posible que, de alguno de ellos, carezcamos absolutamente de noticias.

Reanudando las conversaciones que en 1480 tuvieron lugar, se planteó la cuestión de las comunidades cristianas en Palestina y el Líbano; la presencia de franciscanos españoles e italianos en gran número no debe engañarnos pues se trataba, entonces como ahora, de co-

munidades árabes y no europeas. El tema convenía mucho a Fernando el Católico, pues le permitía introducir la hoja de su espada en el intersticio entre arabismo e islam y además le brindaba una ocasión de presentarse como protector de los Santos Lugares. Por eso se dispuso a hacer sacrificios económicos: asignó una renta de mil ducados anuales, sobre la Cámara de Sicilia, a los custodios del Santo Sepulcro, y anunció que estaba dispuesto a tomar sobre sus hombros los gastos que se derivasen de la reparación de las iglesias en toda la zona. Mediante este procedimiento los soberanos españoles se convertían en interlocutores válidos, en nombre de los cristianos, con las autoridades musulmanas.

No hay duda de que los egipcios insistieron en su preocupación por la guerra de Granada. ¿Cómo ser amigos de quienes estaban dando un golpe de muerte al Islam? Fernando e Isabel ordenaron redactar un documento para explicar a Kait Bay cuál era el alcance de su política: la guerra de Granada, explicaron, no era una contienda religiosa sino la lucha entre un estado que fuera en tiempos vasallo del monarca de Castilla y que había tratado de romper los lazos de este vasallaje. Por esta razón ellos respetaban siempre la religión de los vencidos como podían demostrar exhibiendo los tratados de rendición que se habían otorgado. Era esta una verdad parcial, pero que probablemente bastaba para calmar los escrúpulos de Kait, a quien atosigaban los refugiados españoles.

Otra cuestión fue la predicación de las bulas de Cruzada. Podía parecer, dadas las expresiones que algunas veces se empleaban, que la medida iba encaminada contra el Islam, en términos generales, cosa que afectaba al Soldán de Babilonia. En este punto Fernando e Isabel se apresuraron a dar satisfacción a sus interlocutores. En agosto de 1489 una disposición real suspendió la predicación de indulgencias hasta que las cartas fuesen examinadas por ellos y redactadas en forma respetuosa para los sentimientos del soberano egipcio.

No hay que decir que la amistad entre España y Egipto se mantiene hasta la muerte de Kait Bey; ni siquiera la firma de la paz entre este último y Bayaceto II, en 1491, consiguió alterarlas.

V. LA DECISIÓN DE ADELANTAR LAS LÍNEAS: DJERBA

De estos azares diplomáticos, España había salido ganando dos cosas: el consulado de Alejandría y el protectorado sobre los cristianos súbditos de Egipto. Ninguna de ellas era de escasa entidad. La presencia en Jerusalem constituía una buena plataforma puesto que autorizaba al monarca español a un diálogo continuado con el de Egipto. En 1492 un enviado especial de Fernando el Católico, de nom-

bre Martín Díaz de Aux, hizo un viaje a Jerusalem. En 1497 el propio rey solicitó de las autoridades egipcias —había muerto entonces Kait— que le permitiesen reconstruir un arco de la iglesia del Santo Sepulcro que, según informe de los diligentes franciscanos, se había desplomado. El relevo de los cónsules, siempre con propuesta barcelonesa, seguía sin interrupción; en 1494 Miguel Marqués sustituyó a Jacobo Fontelles.

Algunos acontecimientos, producidos relativamente lejos de la desembocadura del Nilo, van a influir de modo muy considerable en esta política. Entre ellos hay que mencionar el término de la guerra de Granada, el descubrimiento de América y la muerte inesperada de Djem, el hermano de Bayaceto. A estos se suma la desaparición de Kait y el comienzo de una guerra civil de cinco años en Egipto. Los programas políticos de los Reyes Católicos se revisan a fondo. Puesto que las vías de Occidente no han conducido a las islas de las especias, sino a las del oro, ningún interés tienen en discutir el camino africano de la especiería, que inevitablemente llevará a los portugueses al enfrentamiento con Egipto. El Mediterráneo, y solo el Mediterráneo, entra en su campo de acción. Si, en 1495, hacen la guerra a Francia es porque no están dispuestos a tolerar que Carlos VIII se interfiera en un sistema de dominio de este mar.

Los investigadores han prestado una gran atención a ciertos aspectos del tratado de Tordesillas de 1494; con ello no han hecho otra cosa que acostumbrarnos a considerar el documento como un acuerdo para el establecimiento de límites en el Océano. Pero en Tordesillas no se firmó un tratado sino varios y de ellos el que inmediatamente atraía a los Reyes Católicos fue el que se refería a la distribución de áreas de influencia en Africa. Los españoles obtuvieron una puerta de entrada en el Sahara y la reserva de todo el litoral mediterráneo al Este del río Muluya. El principal interés de los monarcas españoles era, desde luego, penetrar hasta aquellos puntos en donde pudiera establecerse un contacto más permanente con las pistas caravaneras por donde discurría el oro africano.

Políticamente se buscaba la cooperación entre todas las partes interesadas estimulando los intercambios mercantiles, aunque probablemente Fernando el Católico pensaba que la paz entonces reinante sería de corta duración. No se explica de otro modo el acelerado incremento de la industria de las armas en el País Vasco, después de concluida la guerra de Granada y recuperado también el Rosellón. Económicamente el eje mediterráneo —ruta de las especias como la llamó Jaime Vicens— se descomponía en dos grandes ámbitos, uno próximo en donde el trigo siciliano y andaluz actuaban como reguladores de los precios, y otro remoto que, sobre el triángulo Rodas, Chipre, Alejandría, proporcionaba la seda, el alumbre, las pieles y,

naturalmente toda clase de especería. Trípoli quedaba dentro de la zona próxima y las relaciones con ella correspondían únicamente a Sicilia. La instalación de los venecianos en Chipre, a la muerte de Catalina Cornaro, no puede considerarse como un fenómeno favorable. En 1495 una gran flota comercial, que dirigía el baile de Cataluña, Juan Sarriera, realizó un periplo por estos tres puntos. No sólo recogió información sino que procedió a la reforma de los consulados.

En 1496, rechazado el primer intento francés para instalarse en Nápoles, Fernando el Católico decidió adelantar sus líneas estableciendo una guarnición en la isla de Djerba, aquella que los cronistas españoles llamaron de Los Gelbes. Ignoro si esto fue consecuencia de la inseguridad política que se había producido en Egipto. Pero hemos de tener en cuenta que el interregno que sucede a Kait debió influir no poco en los planes de los monarcas españoles. En el momento en que, muerto Djem, se esperaba una reanudación de la ofensiva turca, no podían contar con el interesante y eficaz amigo musulmán. Incluso el envío de renta a Jerusalem parece haberse interrumpido puesto que en 1501 nos encontramos con una cédula de los reyes ordenando pagar los atrasos que no se habían satisfecho.

La instalación de fuerzas españolas en Djerba, pequeña isla que padecía tremendas deficiencias alimenticias, fue consecuencia de una negociación con el jeque local, Yahya ben Sahit ben Sumuna, llevada por medio de cierto alfaquí que se trasladó a Sicilia. Hubo un tratado. Fernando se comprometía por él a asegurar los suministros de trigo, a respetar la independencia de la isla y a tomar las disposiciones para que funcionase como puerto franco de comercio. A cambio de esto el castillo recibía una guarnición española. No se trataba, en modo alguno, de convertirla en bastión defensivo sino en avanzadilla que reforzase el sistema de seguridad en el cuello de botella entre la costa de Italia y la del norte de Africa.

VI. LAS CONSECUENCIAS DEL CIERRE DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

El acto de sumisión del jeque de Djerba fue considerado por los turcos como hecho grave; desencadenaron un inmediato ataque sobre la isla, aunque con fuerzas tan reducidas, que no consiguieron apoderarse de ella. Apresuradamente acudió la flota española desde Sicilia, y Luis de Margarit tomó posesión del castillo. Sus informes eran desoladores: la fortaleza era muy pequeña y difícil de defender, carente de agua, que tenía que ser transportada desde el puerto por medio de camellos. Tan pesimistas fueron las perspectivas que Fernando el Católico llegó a pensar que su decisión había sido equivocada. Sin Egipto, Djerba carecía de valor; toda su virtualidad en caso

de guerra dependía del enlace con las fuerzas egipcias. Pero la situación interior en este país no se aclaraba.

Entre 1497 y 1500, intervalo entre las dos primeras guerras de Italia, los monarcas españoles parecen resignados a no contar más con Egipto. Tuvieron que elaborar una nueva política mediterránea consistente en el cierre absoluto del Mediterráneo occidental y el repliegue general de su política. Los documentos reflejan que los viajes a Rodas y a Chipre ha reducido su frecuencia. En cambio se está procediendo a ocupar Melilla, intensificar el protectorado sobre Túnez, rodear con un sistema de consulados todo el Tirreno, fortificar cuanto se puede Malta. A falta del aliado que permitiera combatir al enemigo turco en su propio terreno, los Reyes Católicos tuvieron que prepararse a sostener refuerzos militares más constantes en Italia. Para no enzarzarse en una guerra con Francia pactan con ella un reparto de Nápoles; de este modo, al menos, Otranto y Tarento serán suyas. Se trata de las bases imprescindibles. Todo el mundo sabe que este reparto fue inútil, porque encendió otra vez la guerra que había pretendido evitar. Y esto en el preciso momento en que los turcos se apoderan de Lepanto, Codón y Morón y cierran el golfo de Corinto.

VII. LA EMBAJADA DE PEDRO MÁRTIR DE ANGHIERA

Desde el 20 de abril de 1501 la situación experimenta un nuevo cambio: ha terminado la guerra civil en Egipto con la victoria de Khansu al-Ghuri, que será el último de los grandes soberanos mameucos. Yo no dudo en atribuir a este hecho dos decisiones que toman los Reyes Católicos: abandonar cualquier proyecto de abandono de Djerba y restablecer los medios para volver a la amistad egipcia. Khansu es, sin duda, un hábil político que no se deja engañar por las apariencias. La situación militar es, para Egipto, tan mala como antes de la batalla de Adana. Necesita galvanizar el espíritu de resistencia de Siria que constituye el antemural de seguridad al mismo tiempo que una importante reserva económica. Las dos líneas directrices de su política serán el respaldo a Persia y el retorno a un islamismo más puro. Hay que evitar que la Sublime Puerta aparezca como capital suprema del Islam. Es en Egipto en donde reside el último descendiente de los khalifas de Bagdad.

No cabe duda de que la amistad española es, para él, muy deseable. Pero fuertes obstáculos se oponen a su restablecimiento. Muchos de los judíos expulsados de España han escogido nuevo domicilio en Egipto y hacen llegar al Soldan sus clamores contra la injusticia de los Reyes Católicos. Apenas unos meses antes ha comenzado la revuelta de las Alpujarras y, como consecuencia de ella, se han suspen-

dido muchas de las garantías que en el ejercicio de su religión, se habían concedido a los musulmanes españoles. No olvidemos que, para éstos, los egipcios son mucho más afines que los turcos.

Pero Fernando e Isabel estaban decididos a remontar todos los obstáculos y regresar a la situación 1495. Escogieron para ello un embajador excepcional, el humanista italiano Pedro Mártir de Anghiera, protegido de los Mendoza, maestro de infantes, erudito y culto. Poseemos las instrucciones para esta embajada, que se le entregaron el 8 de agosto de 1501, y un relato minucioso de la misma, escrita por el propio protagonista con el título de *Legatio Babilonica*. Un primer dato es digno de tener en cuenta, la rapidez con que los reyes procedieron. Entre el 20 de abril y el 8 de agosto hay apenas el tiempo preciso para que una saeta o un leño, muy rápidos, traigan a España la noticia de la victoria final de Khansu.

Fernando se hizo representar por Pedro Mártir no tanto como rey de España sino en cuanto protector de los cristianos de Tierra Santa. El embajador debía solicitar de Khansu que concediera a éstos su benevolencia, como habían hecho sus antecesores, sin dar oídos a las noticias falsas que le incitaban a buscar represalias. Los musulmanes españoles han sido combatidos como rebeldes, pero nadie ha pretendido arrancarles a la fuerza su fe, porque «la fe católica lo impide», son sus exactas palabras. Cualquier monarca tiene derecho a someter a sus súbditos cuando éstos apelan a las armas. Fernando estaba dispuesto a asumir los gastos que fueran precisos para ejercer con eficacia su misión. Pedro Mártir nos revela que, por debajo de esta especie de justificación oficial, había un segundo objetivo más importante: recordar al Soldán que, teniendo un común enemigo e intereses económicos que recíprocamente se servían, era de interés para ambos mantenerse unidos. Las guerras en que están inmersos son políticas y no religiosas. Lo cual no era completamente verdad ni completamente mentira.

La embajada tuvo que vencer tremendas dificultades. Pedro Mártir, que hizo el viaje por tierra hasta Venecia, tardó ochenta días en llegar desde esta ciudad a Alejandría. Aquí se instaló en casa del cónsul catalán, que era entonces Felipe Parets. El 1 de febrero de 1502 fue recibido en El Cairo, actuando de intérprete un siciliano convertido al Islam, llamado Sabatino, que era truchimán general, más o menos introductor de embajadores. El Soldán rechazó en principio la alegación presentada, pero luego se avino a razones ante las garantías que respecto a los musulmanes no rebeldes de España, se le ofrecieron. Pedro Mártir pudo presentar como un triunfo el que se otorgase reconocimiento de existencia, bajo protección de los reyes de España, a cuatro comunidades cristianas, de las cuales una suena dolorosamente en nuestros días: Beirut, Jerusalem, Betlehem y Ram-

lah. Porque se trata, insisto una vez más, no de comunidades europeas, sino árabes.

Este fue el resultado de una hábil, sensata y realista política elaborada al filo del siglo xv. Tenía en cuenta, sobre todo, los intereses económicos y políticos del Mediterráneo. La rápida desaparición del sultanato de Egipto, englobado en el Imperio turco, del que ya no saldría hasta casi nuestros días, hizo perder grandes oportunidades de entendimiento. Fue también, el fin de un cordón de amistad y relaciones que se iniciara en tiempos de los khalifas de Córdoba. Por él, no hemos de olvidarlo, no circulaban sólo la pimienta, los paños y el oro. También los libros.

Luis Suárez FERNÁNDEZ
(Universidad Autónoma de Madrid)

NOTA BIBLIOGRAFICA.—En la redacción de este artículo —en el que deliberadamente se prescinde de notas eruditas, pues se trata de un ensayo— se ha tenido en cuenta sobre todo la extraordinaria colección de documentos reunida en su día por Don Antonio de la Torre y del Cerro, *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, 6 vols., Barcelona, 1949-1956, y también los recogidos por mí en la *Política Internacional de Isabel la Católica*, vols I-V (todavía incompleta), Valladolid, 1965-1972. Se utilizan también los trabajos de A. de la Torre, *Don Juan de Margarit embajador de los Reyes Católicos en Italia* (Madrid, 1948), y *La embajada de Pedro Mártir de Angleria* (Homenaje a Rubió Lluch, I, Barcelona, 1936); J. M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico* (Madrid, 1944); J. Vicens Vives, *Fernando el Católico príncipe de Aragón, rey de Sicilia* (Madrid, 1952); E. Pontieri, *Per la storia del regni di Ferrante I d'Aragona re di Napoli* (Nápoles, 1947); F. Loddo-Canepa, *Alcune istruzioni inedite del 1481 nel quadro della politica di Ferdinando II in Sardegna*, y A. Era, *Storia della Sardegna durante il regno di Fernando il Cattolico* (V Congreso Historia Corona Aragón, III vol. Zaragoza, 1954); M. Mitjá, *El comercio barcelonés en la época de Fernando el Católico: perspectivas de un futuro desarrollo* (V Congreso Historia Corona Aragón, IV vol., Zaragoza, 1962); G. Cogo, *La guerra di Venezia contro i turchi (1499-1501)* (Nuovo Archivio Veneto, XVIII, 1899): así como la espléndida edición de la *Legatio babilonica* hecha por L. García de Castro en Valladolid, 1954.